

## COVID-19

# Pandemia social

**Sebastián Mora Rosado.** Consejo de Dirección de Iviva. Madrid

El último informe Foessa (2018) analizando los datos de exclusión social desde el año 2007, antes de la llamada Gran Recesión, hasta nuestros días alertaba del escenario de extrema fragilidad social de nuestro Estado. En un contexto de crecimiento económico y de reducción del desempleo, más de ocho millones de personas, aproximadamente el 18% de la población, vivían una condición social precaria. De estas, cuatro millones vivían en una situación de exclusión severa (el 8,8% de la población). Con este panorama social, Cáritas y la Fundación Foessa planteaban el riesgo, para estas personas, de afrontar una nueva crisis social y económica. Pues, sin duda, una nueva crisis ha llegado. Ha aparecido por caminos nuevos y con procesos imprevistos. Sin embargo, los escenarios inesperados mantienen una constante: acaba impactando con mayor dureza sobre los colectivos y personas más vulnerables. Podemos, con Benjamin en su Tesis VII *Sobre el Concepto de historia*, caer en la cuenta de que “la tradición de los oprimidos nos enseña que el estado de excepción en el que vivimos es la regla”.

En el 2008, al comienzo de la crisis, era común escuchar: la crisis afecta a todas las personas. Observación que, en cierta me-

didada, era cierta. En un primer momento la crisis tuvo un impacto generalizado, pero inmediatamente empezó a concentrar sus efectos en las personas más vulnerables. Todos los estudios, la experiencia de las organizaciones sociales y el compromiso del voluntariado así lo pusieron en evidencia. Si analizamos los datos sobre pobreza y exclusión social se advierte este proceso de manera nítida. Al comienzo de la crisis, en el año 2007, la población integrada era del 49%. Es decir, las personas que tenían una vida estable en lo social rondaban el 50% de la población. En el otro polo de la estructura social, el 6% de la población vivía en condiciones de exclusión severa. Sin duda, la crisis afectó a estas personas que vivían en una situación estable haciéndoles caer a una situación de mayor precariedad. Sin embargo, si observamos los datos de 2018 vemos como las personas que viven en situación de integración plena están casi en el 49%, dato previo a la crisis, pero las personas en exclusión severa están dos puntos y medio por encima (8,8%). La normalidad llegó para los "integrados", pero para los más vulnerables la brecha se amplió. La exclusión se hizo más extensa, más intensa y crónica. Mostrando, una vez más, el efecto contradictorio de la exclusión social: en periodos de bonanza se recupera muy poco, y en escenarios de crisis se amplía muchísimo.

En aquellos años, líderes políticos de grandes estados proclamaban la necesidad de "refundar el capitalismo" y aprovechar aquellos tiempos inciertos para hacer emerger una nueva forma de vida social y económica. Por otro lado, la ciudadanía se volcó en ayudar a las familias y las personas empobrecidas haciendo soñar con una nueva solidaridad. Ambos discursos los estamos escuchando diariamente en boca de políticos, intelectuales y opinadores de lo social. No hace muchos años, sin confinamiento físico aplau-

damos a otros héroes que gastaron su vida ayudando a las víctimas de un sistema que expulsa y empobrece a los frágiles. El COVID19 nos sitúa en otro tiempo, en otra crisis, en otros planteamientos... pero para los más excluidos sigue siendo la regla, es lo de siempre con otras manifestaciones.

La "crisis del coronavirus" afecta a toda la población. Todas las personas estamos expuestas al contagio, todas las familias estamos soportando el confinamiento y, además, el impacto social y económico afectará a todo el estado. Sin embargo, desde el punto de vista sanitario, el virus afecta más agudamente a los colectivos más vulnerables por edad o por enfermedades previas. El impacto sobre las personas mayores está siendo de una intensidad extraordinaria. Contemplar día tras día la situación de las Residencias de mayores, la exclusión de ingresos en las UCIS de manera generalizada únicamente por motivos de edad, la situación de soledad en el proceso de morir y la ausencia de despedidas están suponiendo un dolor infinito. Como sociedad no podemos pasar por encima del sufrimiento amontonado, de personas de toda edad y condición, en las morgues de campaña. La memoria deberá ser nuestra compañera para no escapar hacia el futuro de manera apresurada.

Esta vulnerabilidad biológica va acompañada de una intensa vulnerabilidad social. La pandemia vírica es también una pandemia social. La red EAPN (European antipoverty network) en España en una encuesta realizada en estos días alertaba de la máxima vulnerabilidad que están sufriendo colectivos muy diversos pero unidos por la exclusión social: "Personas sin hogar, desempleadas por la crisis, familias numerosas y monoparentales en situación de pobreza, personas con discapacidad y/o dependencia, per-

sonas con enfermedad mental, población inmigrante o refugiada en situación vulnerable, población gitana en situación de vulnerabilidad, personas que se dedican a la prostitución, las personas reclusas y las personas con problemas de drogodependencia por la dificultad para mantener el tratamiento". Personas que conforman un "verdadero ejército" abandonado en tiempos de guerra contra la COVID-19. Personas confinadas en pocos metros cuadrados, sin posibilidad de una alimentación mínima, con dificultades inmensas de acceso a tratamientos específicos, con una incertidumbre vital penetrante, sin posibilidad de conseguir unos ingresos mínimos...

A todas las personas nos afecta la situación –al igual que la crisis del 2008– pero con diferente intensidad sanitaria y social. Además, si no ponemos nuestra atención en las personas más frágiles y excluidas para ellas la recuperación –al igual que en el 2008– será improbable. La salud es la **prioridad** en estos momentos, pero para los cristianos, el **primado** sigue siendo de los pobres, los frágiles y vulnerables que son sacramento del Dios de Jesucristo. La "via caritatis" en periodo de confinamiento sigue viva, "modo catacumba", y nos sigue llamando desde los márgenes para acompañar, aliviar y desterrar el sufrimiento innecesario.

